

SEMLANZA DE LA SEMANA SANTA DE CÁDIZ. DESDE LA PERSPECTIVA DE UN EXTRANJERO.

A portrait of Holy Week in Cádiz. From the perspective of a foreigner

Autor: Jerônimo Cavalcanti Silva

Universidad Estadual de Bahía (Brasil)

Email: jorgeazul53@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0003-0274-9659>

Resumen:

La Semana Santa de Cádiz cuenta con un patrimonio importantísimo. No cabe la menor duda que desde la imaginería a los bordados atesoran un valor desmesurado. Pero sus gentes y sus tradiciones, así como la saeta o la forma de cargar la hacen singular. En este sentido, la metodología autonarrativa nutre esta semblanza que se desenvuelve entre lo afectivo y lo evocativo. Un artículo que reconoce el valor de la Semana Santa de Cádiz, vista desde la perspectiva de un extranjero.

Palabras clave: Semana Santa, Cádiz, autonarrativa.

Abstract:

Holy Week in Cádiz has an extremely important heritage. There is not the slightest doubt that from the imagery to the embroidery, it is of immeasurable value. But its people and traditions, as well as the saeta or the way it is carried, make it unique. In this sense, the self-narrative methodology nourishes this portrait that unfolds between the affective and the evocative. An article that recognises the value of Holy Week in Cádiz, seen from the perspective of a foreigner.

Keywords: Holy Week, Cádiz, self-narrative

1. INTRODUCCIÓN

Antes de nada, decirles que la semblanza es algo más que un mero ejercicio para recordar. Se mezcla el retrato con la descripción, con tintes morales, teñida de cuestiones personales. La personalidad del narrador se hace presente y resumen una sensibilidad. Por ello, se opta por esta autonarrativa donde se cuenta cómo se vivieron unos hechos. Y, en el ámbito personal, con esta semblanza se procura establecer relaciones propias (que me engrandecen y enriquecen como persona). La profesora italiana, Laura Formenti, de la Universidad Milano Bicocca, define la autonarrativa como un “método de intervención,

terapia, estrategia de empowerment, método de investigación” (2009, p. 267). Con ello, cabría decir que es de todo un poco pero, en este caso, tiene más de terapéutico.

La Semana Santa de Cádiz es la protagonista y yo, como narrador, soy un mero actor secundario. El elenco principal lo conforma la gente de Cádiz y no son, precisamente, los extras. Mientras que los decorados están adscrito a esta ciudad, la música la ejecuta la Semana Santa y la voz es la que emana de la saeta, mientras que la fotografía la pone desde aquel aficionado al sofisticado fotógrafo con lentes y trípode. Estamos ante un estreno que se renueva cada año por primavera (Reyna et al., 2022).

No es una película de ficción. Es lo más parecido a un reportaje antropológico de una vivencia, mezclada con los recuerdos; tal como es la vida y, por ende, la Semana Santa. En definitiva, una mescolanza de todo. Véase de espiritualidad, de santos que procesionan por las calles, de crítica constructiva, de deseos de transformación o cambios que entran en confrontación con la tradición. Es vida que se refleja en nuestras retinas.

2. LA CRUZ DE GUÍA

Recuerdo aquellos versos hecho canción del argentino Rafael Amor “No me llames extranjero porque haya nacido lejos/O porque tenga otro nombre la tierra de dónde vengo/No me llames extranjero porque fue distinto el seno/O porque acunó, mi infancia, otro idioma de los cuentos...”. Sin duda, es algo bellísimo. Pero les pido que no me llamen extranjero pese a haber vivido en Cádiz, estudiado en Cádiz, haber estado con mi esposa e hijo y nuera en Cádiz. Tal vez, no me llamen extranjero, aunque lo sea y, con todo, me atrevo a escribir una breve semblanza sobre la Semana Santa de Cádiz, pues me impresionó desde el primer momento. Es decir, la visión de la cuaresma como algo que invita al recogimiento, el via crucis con determinado crucificado tan cerca, la música en los templos como una expresión de aunar la belleza de la música con la creencia e, igualmente, la propia Semana Santa como aquella eclosión de fe que renueva la vida del creyente.

Por varias razones, les pediría que no me llamen extranjero, pues no me siento como tal. Soy una persona profundamente religiosa. Busco la espiritualidad continuamente y en las pequeñas anécdotas o momentos de la vida. Voy a las Iglesias y compruebo el valor patrimonial que atesoran, también, en cuanto a la imaginería de la Semana Santa de Cádiz. ¿Qué se puede decir del Cristo de la Buena Muerte? O ¿quién no aprecia el caminar de los pasos entre las calles? Algo que suscribe la singularidad y peculiaridad de esta Semana Mayor. Con todo, atesora reconocimientos como el que se le haya concedido la declaración, pues la categoría ya la tiene, de Interés Turístico Nacional.

Pero descubro datos que me commueven y me hacen suscribir, todavía más si cabe, el valor de esta expresión religiosa y popular: el hecho de que aquí nasciera la saeta y que cuenta con el Consejo de Hermandades más antiguo de España.

E, igualmente, no dejo de maravillarme con los olores. Donde dicen que es azahar, aquí se huele o se mezcla con la mar. Donde la luz de las velas embellece el paso, aquí se enriquece con los claroscuros que provoca el viento que se cuela entre las calles, apagando

o dejando encendidas caprichosamente unas u otras. Y por donde quieras que vayas una voz se hace amiga, pues vende un pirulí que dice ser de La Habana. Mientras la música suena, son de bandas de Semana Santa y Cádiz, también, cuenta con agrupaciones que están consideradas entre las mejores. Entonces los sentidos entran en funcionamiento, faltándome uno: el del tacto. Y es ahora cuando tocar supone un deleite, pues toco el palio con la mirada, abrazo la madera del cristo señalándolo o se acerca tanto el paso en esa virada que son ellos los que me tocan, rozándome.

Destacaría los exornos florales, los mantos y bordados, la música compuesta para su Semana Mayor, las propias historias de las cofradías que se remontan a siglos atrás (Castellano, 2009).

Escucho un extraño lenguaje que indica que los de atrás a la derecha y los de adelante a la izquierda; el capataz dice que a medio hombro; y cuando quieren parar se escucha una voz que avisa fondo. Pero aquí se llaman penitentes, existen horquillas y el capuz recibe el nombre de gato.

Cualquiera se podría sentir extranjero ante esta puesta en escena. Pero no es mi caso. Yo he vivido y sentido, profundamente, esta Semana Santa con la intención de comprenderla. Con todo, he debido de pasar el primer nivel de *gaditaneidad* con esto de conocer y reconocer, amar y sentirla.

3. LOS DÍAS DE LA SEMANA

Para cualquier persona la Semana Santa ha de durar según se dice una semana. En Cádiz, eso también sucede en otras partes de Andalucía, la Semana Santa dura diez días. Este año con la incorporación del Nazareno de la Obediencia, la Merced atesora la expectación del Sábado de Pasión. De modo que, empezábamos el viernes de Dolores, con la Virgen, con capilla propia en San Lorenzo; mientras comprobábamos que las sillas, en la carrera oficial, se ponen a partir del Domingo de Ramos. La Borriquita, la veía en su salida antes de almorzar y, luego, son cuatro las cofradías en la calle; pero eso sí, dos de ellas son de extramuros. El cristo del Despojado le daba el encuentro en la Catedral. Ver salir de San Agustín la obra de Jacinto Pimentel me resultaba espectacular. Y me falta por nombrar a la Santa Cena que sale de Santo Domingo y las Penas que viene desde San Lorenzo.

El lunes, no tenía costumbre almorzar en mi casa, pues no salía del eje de la viña, calle de la torre, Mentidero y San Francisco. Recuerdo comer de tapas, pues no quería perderme ningún detalle del esplendor del lunes. El cristo de la Misericordia en la calle de la Palma es una imagen que tengo grabada en mi mente. El lunes de San Francisco es el doble de bonito por el Nazareno del Amor y la Vera Cruz. Y de recogida me iba a ver el Prendimiento. Al fin y al cabo, era la cofradía de mi barrio: el Mentidero. Mientras que el martes me gustaba seguir la de los estudiantes de la Universidad, con el Caído. Nunca acompañé al cortejo, pero la veía en varias ocasiones. El resto de las hermandades la iba a ver en la plaza de la Catedral, detrás de los palcos frente a la fachada principal, pasaban Ecce Homo con su magnífico manto rojo, la Sanidad (que en otros años me dijeron que salía en la madrugada del jueves) y el Cristo atado a la columna. De este último, me



contaron que lo sacan en tiempos de sequía, por ello, lo llaman el ‘aguaó’. No obstante, me encantaba escuchar las marchas a cargo de la banda de cornetas y tambores ‘Nuestra Señora del Rosario’.

El Miércoles Santo, a penas salía del marco del barrio de Santa María, veía la Sentencia y, luego, la Cigarrera. Y dándome la vuelta en quedaba en la plaza de San Juan de Dios esperando a las otras dos procesiones. Bajando la calle de San Francisco hasta Nueva, se veía venir el único paso del Caminito, con su singular ritmo con las horquillas. Otra cosa que me llamó la atención fueron los tres pasos de la cofradía de la Luz y el Agua, que me reservaba el espacio de la plaza de la Candelaria.

El Jueves Santo, le daba la bienvenida a la Oración en el Huerto, allá por las Puertas de Tierra. Corriendo me iba hasta la calle Compañía y veía el ‘tanque’, nombre que recibe el paso de los Afligidos. Siempre me asombró el brazo que Jesús echa al hombro de su madre sin dejar de portar la cruz. Sin parar me voy al Pópulo y espero la salida del Medinaceli. Un Cristo que impresiona, su tez oscura y su pelo al viento. Me conformaba con ver el Nazareno al final de la cuesta de Jabonería. Era imposible avanzar, pues el fervor invade al Barrio de Santa María.

Supe que existió una madrugada, pero apenas la conocí. Solo acompañaba al cristo del Perdón a su salida, hacia el campo del sur. La edad no perdona, y los días acumulados, me obligaba a optar por irme a casa a descansar. No era muy entrada la madrugada. Sin embargo, prefería levantarme temprano, al alba. Sabedor del gentío que se podría dar cita, ocupaba un lugar privilegiado en la plaza de Santa Cruz. Me dejaba encandilar con el estruendo de los tambores que se hacían eco en esta plaza, entre hermanos que tras un largo itinerario sus ojos se mostraban cansados. La túnica impedía verlos, pero uno lo intuía. Supe que este año se evitarán las horquillas sobre el suelo y la música para hacer un pequeño gesto con las personas autistas. Han marcado un intervalo de tiempo y aunque parezca insignificante, la Semana Santa de Cádiz, también se escribe con “S” de Solidaridad.

El viernes tiene un sello muy particular con el Cristo de la Buena Muerte. Tenía costumbre de verlo salir. Su talla es una maravilla, iluminado con tan solo las luces de cuatro hachones, me encantaba su simpleza. Había un silencio contagioso y respetuoso. El descendimiento, lo acompañaba con su paso a horquilla; con un caminar más rápido de lo habitual. La Sed la veía por Montañés, pues la congregación mariana del Ecce Mather la iba a visitar, desde hace años, a la salida de su templo. El Sábado Santo, desfila la urna de plata con el Cristo yacente. Me gustaba verlo en la Plaza de Candelaria. Una belleza que ocupa toda la tarde noche. Sola y en Soledad, con su Virgen.

El domingo, para mi es el día más hermoso de toda la Semana Santa. Muchos cofrades están tristes y apenas celebran lo que significa la resurrección de Cristo al tercer día de su muerte. Es para tirar las campanas al vuelo. Es alegría. Es la renovación de la fe.



4. LA GENTE EN SEMANA SANTA

Me dijeron que muchos de los componentes de las agrupaciones de carnaval son los mismos que en Semana Santa se ponen la túnica o se meten debajo del paso. Intuyo que salen de una manifestación de alegría y entran en otra donde se conmemora la vida, muerte y resurrección de Cristo. Es decir, una manifestación de alegría, pero muy diferente. Ahora se suscribe el recogimiento, brotan los sentimientos y con una fe renovada cada primavera. Tal como dice la saeta de Antonio Machado, con música de Joan Manuel Serrat: Cantar del pueblo andaluz/Que todas las primaveras/Anda pidiendo escaleras/Para subir a la cruz/Cantar de la tierra mía/Que echa flores/Al Jesús de la agonía/Y es la fe de mis mayores.

Eso es. En primavera la cristiandad se renueva y, en cada parte del mundo, las enseñanzas son la herencia de nuestros mayores. Un cantar hecho oración y con un Jesús de la agonía se pide una escalera para bajarlo de la cruz. No soy nadie para alterar el sentido de los versos, pero así lo entiendo mejor. La Semana Santa tiene una puesta en escena que rompe con los convencionalismos de la linealidad argumental. En Cádiz, desde el Lunes Santo hay dos crucificados muertos en la calle y la gente suspira porque es así. La fe de sus mayores, insisto, se ha heredado a modo de enseñanza. Se entienden así la Semana Grande de Pasión (VV. AA., 1994).

Quiero acordarme, y pese que estoy muy lejos de Cádiz, de la gente en Semana Santa. No es fácil olvidarse de ella. Si hermosa es su imaginería, de valor incalculable que podría pujar con cualquiera de otra ciudad, andaluza o no, el valor también lo pone la gente en la calle. Se comportan tal como son: alegres y sentidas. Está claro que con tanto gentío habrá comportamientos de toda índole, pero la voz se acalla cuando el Cristo de la Buena Muerte pasa por delante de ellos. Yo lo llamo respeto. Que se podría mejorar... Estoy conforme. Pero que la fe de sus mayores, la viven tal como son. El cortejo, al fin y al cabo, es una representación de la vida, son pasajes bíblicos que se prestan a que sean comentados. Y el pueblo tiene su fe popular. Y la religión es el camino hacia Dios. Y el Dios de la gente de Cádiz, se escribe con mayúscula.

La gente de Cádiz en Semana Santa ve lo que otros no ven. Siente lo que sienten. Y cargan con sus tradiciones, la mesen. Dan lecciones de religiosidad popular. Coincidimos con Pedro Payán (1997) que estamos ante una mezcla de devoción, arte y folclore.

Esto que tenemos ahora es una tradición que viene de la contrarreforma: Cuanto más seamos en la calle, más razón tengamos. Pues en la calle están, que es la continuación de sus casas. Es primavera y allá están sus imágenes. Un patrimonio que les pertenece. Deben respetar, pero permitámosle ciertas licencias. Hablan con sus familiares que están en la procesión, quieren tocar a los pasos, habrá algo de fetiche que se quieren llevar con ellos, se mueven entre las cofradías pues están en las calles. Todo forma parte de la escenografía en la calle.

Con todo, lo que cuestionaría es la falta de respeto y son pocas las ocasiones que lo he visto. No mirar al paso como lo que se trata o representa es un gesto de muy mala

educación; es más, diría de una grosería, de tener pocas luces. Pero la Semana Santa de Cádiz no la recuerdo por lo negativo sino por lo mucho de positivo de tiene. Y pasa por su gente, que son también patrimonio de la Semana Santa pues, en gran medida, le dan sentido a la misma.

Mi consideración se sustenta sobre ello, la gente de Cádiz. Esta gente es la que le canta una saeta a su Cristo o Virgen, le hace una fotografía, jalea o aplaude a los cargadores, o bien llega a llorar de emoción. De esta forma, saliendo a la calle transmiten a los más jóvenes la fe de sus mayores.

5. CONCLUSIÓN

No doy por concluida la semblanza, pero creo que debería llegar a su fin. Se me pueden haber pasado cientos de aspectos, pero me detengo en uno, aparentemente, insignificante. El haber visto niños portando un pequeño pasito que me imagino que ellos mismos habrían confeccionado. Seguido de un tambor y algunos amigos o amigas. Fijándote bien no le faltan apenas detalles. Y la figurita que portan, para ellos será la más sagrada de las imágenes. De forma simbólica se perpetúa la fe de sus mayores. Ante la mirada atónita, espantada o indiscreta de los adultos ellos deben echarse a un lado para dejar pasar a un coche. Sinceramente, esto no deja de ser patrimonial. De este modo, se perpetúa el sentir de un pueblo. Para estos menores, el juego es la base para que en ellos se renueve y crezca su fe.

No puede dejar de escribir en esta semblanza, pues se me viene a la imaginación un sinnúmero de anécdotas que, en su mayoría, he vivido en primera persona. Me desconsuela como quedan las calles después del paso de las cofradías; pero también he de decir que, justamente, en la plaza de Candelaria se me acercaron dos chicos que nos entregaron unos envoltorios para depositar los restos de cáscaras. Veo como las señales de tráfico se le colocan un envoltorio para embellecer la calle, que existen pasos reglados con vigilantes para ordenar el tránsito de los viandantes.

Está claro, insisto, que se ha de mejorar, pero está en el buen camino. Lo digo como creyente y como persona que quedó fascinado por esta Semana Santa. Lo tiene todo. Por la mañana los churos de la plaza, al medio día la playa, comer en la calle pues el tiempo acompaña, regreso a mi casa a descansar pues las distancias en el centro son asequibles y por la tarde-noche aquella lección de evangelización.

La carga, ellos se refieren a ella como el mundo de la carga, está en pleno debate. Es normal. Perteneces a un grupo de gente que está viva; tal vez, en evolución. Y cuando he conversado con algún cargador se refiero con cierto agrado a lo que hace, pues sabe a quienes llevan sobre sus hombros y del valor de la tradición que portan. Que no se pierda el mecido, que no se calle la saeta, que se pare el paso cerquita de mí y que en la `levantá` se escuchen los aplausos de los fieles. Que el grupo de acólito no deje de desfilar con lo que ello significa, sean chicos o chicas. Que la cruz de guía se abra camino entre la feligresía, que las calles se queden todavía más estrechas pues no se cabe de gente y los palios pasan a lo justo. Que el balcón sea el lugar para que aquella señora pueda tocar el palio sin salir de su casa, que la luz se apague en determinadas procesiones de estricta

penitencia, que la música suene en sintonía con las horquillas, que la voz que mande sea la del capataz.

No puedo parar, o dar por finalizada la semblanza, pues esta tradición continúa. Y se puede compartir desde la religiosidad, la sociología, lo mercantil o lo políticamente correcto. Pero lo que nunca se podrá parar, pues la tradición le pertenece, en el caso de Cádiz, es la fe que demuestra la gente de Cádiz.

-Listos los de atrás... -Listo... -Y al cielo con ella... Estas voces que no paren pero que, del mismo modo, no dejen de haber ensayos de los cargadores, que no pare la música sacra, que no dejen de mirar al cielo en esa semana y que los vientos sean los que renueven sus ritmos y promuevan los cambios, alteraciones o transformaciones. Con todo, que suscribamos a esta semana, ser la Semana Mayor...

NOTA

Este trabajo a modo de semblanza forma parte de una trilogía que se inició hace más de un año con un ejercicio académico sobre el carnaval de Cádiz. Le continúa este que tiene un matiz más íntimo y personal. Para concluirlo con una visión del verano en Cádiz.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castellano, M. (2009). *Semana Santa de Cádiz*. Absalon.
- Formenti, L. (2009). Una metodología autonarrativa para el trabajo social y educativo. *Cuestiones Pedagógicas*, 19, 267-284. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/51381129.pdf>
- Payán, P. (1997). Devoción, arte y folclore en la Semana Santa de Cádiz. Campos, F. y Fernández de Sevilla (Coords.). *Religiosidad popular en España*. En Actas del Simposium. 1/4-IX-1997. Iconografía, arquitectura, pintura, escultura, imágenes, estampas, carteles, música, ermitas, exvotos, textos literarios, fiestas. Vol 2, 695-712
- Reyna, J.; Escart, A. y Meta, J. (2022). *Cádiz, una pasión junto al mar*. Consejo Local De Hermandades Y Cofradías de Cádiz
- VV.AA. (1994). *Cádiz, la pasión junto al mar*. Unicaja/Diario de Cádiz.